

## ÍNDICE

<b>I. El sometimiento de las aguas: ingeniería y religión.....</b>	<b>13</b>
1. Introducción: la naturaleza sagrada de las aguas.....	13
2. Los ríos como frontera política y administrativa.....	28
2.1. Los ríos y los límites septentrionales.....	37
2.2. Los ríos y la frontera oriental .....	44
2.3. Los ríos y la <i>oikouménē</i> .....	48
2.4. Los ríos del Infierno.....	51
3. Guerra y diplomacia a orillas del río .....	53
4. Los ríos como aliados y enemigos de Roma .....	69
4.1. Los ríos como aliados.....	69
4.2. Los ríos como enemigos: su exhibición en el triunfo .....	75
5. El sometimiento de las aguas: ingeniería hidráulica y sacrilegio .....	91
5.1. Introducción.....	91
5.2. La desviación de los ríos .....	95
5.3. La construcción de canales .....	107
5.4. La construcción del puente .....	125
5.4.1. Incompatibilidad entre ríos y puentes .....	125
5.4.2. Los puentes de César y Calígula .....	134
5.4.3. Augusto y los arcos triunfales sobre el puente .....	140
5.4.4. El puente de Trajano sobre el Danubio .....	144
5.4.5. De Septimio Severo a Teodosio .....	146
6. Responsabilidades del emperador sobre los ríos .....	150

<b>II. <i>Flumen transire</i>: el emperador y el paso del río</b> .....	165
1. Los peligros del río.....	165
2. El sacrificio a orillas del río.....	166
3. El paso del río: el prodigio y la visión .....	176
3.1. Los prodigios .....	176
3.2. La visión.....	188
4. El paso por el puente .....	193
4.1. Los combates por el puente: su destrucción .....	193
4.2. El paso de los emperadores por el puente .....	201
5. El vado .....	219
5.1. El paso a pie o a caballo.....	221
5.2. El paso a través de las aguas heladas .....	228
5.3. El cruce a nado.....	231
6. Los viajes por el río.....	235
<b>III. El emperador y el desbordamiento del río: el Tíber y el Nilo</b> .	253
1. El emperador y los desbordamientos del Tíber .....	253
1.1. El tirano y las aguas del Tíber .....	256
1.2. El desbordamiento y sus efectos .....	260
1.3. La interpretación religiosa: el prodigio.....	268
1.3.1. Gabinio.....	273
1.3.2. Augusto .....	275
1.3.3. Otón y Vitelio .....	281
1.3.4. Macrino .....	287
1.3.5. Galieno .....	288
1.3.6. Gildón .....	290
1.4. El Tíber y los Libros Sibílicos .....	292

1.5. La intervención de la ingeniería.....	301
1.5.1. Augusto .....	301
1.5.2. Tiberio.....	302
1.5.3. Claudio .....	308
1.5.4. Trajano .....	309
1.6. <i>Curatores alvei Tiberis</i> contra <i>quindecemviri s. f</i> .....	312
2. El emperador y los desbordamientos del Nilo .....	318
2.1. Los emperadores y el dios Nilo .....	316
2.2. La intervención del Nilo en la política romana.....	327
2.3. El emperador y los viajes por el Nilo .....	341
<i>Conclusiones</i> .....	339
<i>Bibliografía</i> .....	345



18. El río Adige.

## 5. EL SOMETIMIENTO DE LAS AGUAS: INGENIERÍA HIDRÁULICA Y SACRILEGIO

### 5.1. Introducción

La intervención del hombre sobre la naturaleza y en particular sobre montes y aguas ponía de manifiesto su grandeza pero también fue considerada como una agresión. Las relaciones entre técnica y religión fueron difíciles en todas las épocas, de gran tensión cuando no de enfrentamiento, como pone de relieve ya el célebre mito de Prometeo y el origen divino y sacrílego de la técnica del fuego. En Roma se recordaba siempre el caso del rey de Alba Amulio, hijo de Tiberino, quien comportándose de forma soberbia se atrevió a atacar los truenos con truenos artificiales y a lanzar rayos, muriendo castigado «al desbordarse súbitamente el lago junto al que estaba edificado su palacio y hundirse con éste» (Zonaras VII, 8). Dionisio, que atribuye el mismo episodio al rey de Alba Alodio, dice de él que era un tirano odioso para la divinidad que reinó durante 19 años: «en su desprecio hacia los dioses, maquinó imitaciones de rayos y ruidos parecidos a truenos, con los que atemorizaba a la gente como si se tratara de un dios. Pero rayos y lluvia cayeron sobre su casa y el lago, junto al que vivía, tuvo una crecida tan inusual que toda la casa desapareció inundada» (I 71, 3). La ingeniería —en este caso el desvío de los ríos, la apertura de canales, el drenaje de los lagos, incluso la construcción de puentes— despertaba recelos y muchas inquietudes religiosas<sup>132</sup>.

<sup>132</sup> Di Giuseppe – Serlorenzi 2010.

Examinemos un caso de esta confrontación entre religión e ingeniería o, mejor, entre sacerdotes y magistrados: la construcción del acueducto Marcio. Este tipo de obra, sin llegar a ser tan grave en términos religiosos como la de un puente, no dejaba de ser discutible pues en definitiva consistía en captar el agua de una fuente consagrada a las ninfas, Neptuno, Genius o a Fons. Pensemos, por ejemplo, en el sestercio acuñado por Trajano en 110 d.C. para conmemorar la construcción del *aqua Traiana* en cuyo anverso aparece su cabeza laureada a derecha y la leyenda IMP CAES NERVAE TRAIANO AVG GER DAC P M TR P COS VI P P mientras en el reverso, junto a la leyenda SPQR OPTIMO PRINCIPI S. C., aparece un dios-río (con caña y urna) a izquierda, recostado dentro de una gruta soportada por dos columnas y en el exergo AQUA TRAIANA<sup>133</sup>. La divinidad fluvial representa probablemente el Tíber o el *castellum aquae* del acueducto (las fuentes del *aqua* se localizaban en los manantiales próximos al lago Bracciano).



19. *El aqua Traiana* en un reverso monetario de Trajano.

La figura de los *curatores aquae*, encargados de la construcción o restauración y del mantenimiento de los acueductos, es una creación de Augusto en el año 11 a.C. (Frontin, *de aq.* 98 y 100). Desde entonces la *cura aquarum* fue confiada en Roma a un senador, escogido entre los consulares, asistido por dos asesores. El prestigio social y la fortuna personal debían, pues, haber pesado más en el cargo que los conocimientos técnicos. Sin embargo, con anterioridad, durante el periodo republicano, dicho trabajo correspondía a los magistrados (Frontin., *de aq.* 5-9), generalmente a los censores, que aunque utilizaban fon-

<sup>133</sup> RIC 463=Cohen 20.

dos estatales votados por el Senado ponían muchísimo celo e interés en su cometido dado que su propia reputación iba ligada a su gestión. A veces estos magistrados eran suplidos por los duunviro nombrados por el Senado y, en menor medida, por el pretor urbano (por ejemplo, Q. Marcius Rex) o por un edil de rango excepcional como fue Agripa (en 33 a.C.). En las ciudades de Italia la conducción de agua (*aquam ducendam curare, aquae ductum faciendum curare*) era dirigida por los duoviri, quattuoviri, ediles o cuestores, es decir, por los magistrados municipales en ejercicio generalmente bajo las órdenes del consejo de decuriones.

Pues bien, en el año 144 a.C., el Senado romano encargó la reparación del aqua Appia (y quizá también del Anión) al pretor Q. Marcius Rex<sup>134</sup>. Estos trabajos públicos coinciden con el desarrollo que conoció Roma tras su victoria definitiva sobre Cartago, que consagró la entrada de la Ciudad entre las grandes ciudades mediterráneas y el comienzo de un verdadero urbanismo. Un año después, en 143, durante el consulado de Ap. Claudio Pulcher y Q. Cecilio Metelo Macedónico, se abre un debate en el Senado. Uno de los principales colegios sacerdotales, el de los *decemviri s.f.*, tacha la acción del pretor de *nefas*: consultando los Libros Sibilinos —sea la consulta verdadera o falsa— creen encontrar en ellos una sección que prohíbe llevar agua al Capitolio. Los decenviros se sienten lo suficientemente respaldados como para mantener un enfrentamiento con el Senado en el 143 que sólo finalizará en el año 140, durante los consulados de C. Laelius y Q. Servilius (Liv. *Per.* 54). Examinemos los dos pasajes que aluden al episodio<sup>135</sup>:

1. «...bajo el consulado de Servio Sulpicio Galba y Lucio Aurelio Cota [144 a.C.], en vista de que los conductos del agua Apia y del Anión se habían deteriorado por el paso del tiempo y los fraudes de los particulares habían sustraído sus aguas, el Senado encomendó a Marcio, que entonces administraba justicia como pretor urbano, la misión de reparar y reclamar la posesión de estas conducciones. Y puesto que el crecimiento de Roma parecía exigir una cantidad mayor de agua, a él mismo el Senado le encargó que se ocupase de llevar a Roma todas las demás conducciones que pudiese.

<sup>134</sup> RE XIV, p. 1582, n.º 90.

<sup>135</sup> *Marcus priores ductus restituit et tertiam illis uberiorem <aquam per> duxit, cui ab auctore Narciae nomen est. Legimus apud Fenestellam, in haec opera Marcio decretum sestertium milies octingentes, et quoniam ad consummandum negotium non sufficiebat spatium praeturae in annum alterum est prorogatum. Eo tempore decemviri, dum aliis ex causis libros Sibillinos inspiciunt, invenisse dicuntur, nen esse <fas> aquam Marciam seu potius Anionem —de hoc enim constantius traditur— in Capitolium perduc; deque ea re in senatu M. Lepido pro collegio verba faciente actum...* (de aq. 7, 4-5)

Restauró los acueductos antiguos y un tercero más abundante que aquéllos, al que se le dio el nombre de Marcia, tomándola de su creador. Leemos en un escrito de Fenestela que para estos trabajos se asignó a Marcio la cantidad de 180 millones de ses-tercios y, puesto que el tiempo de su pretura no era suficiente para concluir la empresa, se le prorrogó por un año más. En este tiempo se dice que los decénaviros, mientras consultaban por distintos motivos los Libros Sibilinos, habían descubierto que no era del agrado de los dioses llevar al Capitolio la conducción Marcia (non esse «fas» aquam Marciam), sino la Apia o mejor el Anión (a éste se refiere la tradición de manera más invariable); y sobre esta cuestión en el consulado de Apio Claudio y Quinto Cecilio hubo un debate en el Senado siendo Marco Lépido portavoz de su colega; y tres años después, bajo el consulado de Gayo Lelio y Quinto Servilio, volvió a la carga Lucio Léntulo, pero en las dos ocasiones triunfó el ascendiente de Marcio Rex, y de esta forma la Marcia fue llevada al Capitolio» (Frontino, de aq. 7, 4-5) (trad. T. González Rolán).

2. ...in aede vota est aqua Anio, Aqua [Marcia in Capi]tolium contra Sibyllae carmina [perducta] (Liv. per. 54).

Aparentemente son los dioses quienes no desean que se lleve el Aqua Marcia al Capitolio y así lo manifiestan los *decemviri* tras consultar la colección oracular. Pero tras esta advertencia se oculta un ataque contra Q. Marcio Rex, rival de los Escipiones, en el que tomaron parte Lucio Cornelio Léntulo y Marco Lépido (este último hombre afecto a la gens Cornelia) interviniendo en el Senado *pro collegio*. En el 142 los Libros Sibilinos serán utilizados contra otro enemigo de los Escipiones, Apio Claudio, después de que éste sufriera una grave derrota en territorio de los salasos, en la Galia Cisalpina. Los *decemviri s.f.*, luchan, pues, contra enemigos políticos (ej.: Marcio Rex, Apio Claudio, etc.) en estrecha colaboración con los Cornelios y los Escipiones, una relación que, en opinión de J. J. Caerols «tiene su traducción en la promoción de ciertos temas especialmente caros a la gens, derivados en buena medida o, al menos, expresados por primera vez con claridad en la «leyenda de Escipión», tales como la elección divina, la preeminencia del individuo y las ambiguas tendencias a un poder unipersonal»<sup>136</sup>.

¿Cuáles eran las razones de esa oposición decenviral? No parece que el Capitolio —que ya tenía agua— sea la verdadera razón de esta oposición sino el

<sup>136</sup> J. J. Caerols, «Las tradiciones oraculares y la gens Cornelia», *Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1998, 54.

interés de que la conducción del *aqua* pasara por determinados lugares —públicos y privados— de la topografía urbana y no por otros, como se había demostrado ya en el año 179 a.C.<sup>137</sup> La polémica debió de tardar en apagarse pues en el año 56 a.C. en el reverso de un denario de L. Marcius Philippus se nos muestra un acueducto sobre el que se levanta una estatua ecuestre y las leyendas PHILIPPVS y ACQVAMAR (entre los arcos). En el anverso aparece la efigie del rey Anco Marcio y la leyenda ANCVS. El propósito de dicha acuñación es el de remitir la fundación original del aqua Marcia del 144 a.C al monarca latino Anco Marcio, nieto de Numa (al que se atribuían las instituciones religiosas romanas) y constructor del «puente sagrado de Roma», el Sublicio, del que la gens presumía descender<sup>138</sup>.



20. Aqua Marcia. Denario de L. Marcius Filippo (56 a.C.)

## 5.2. La desviación de los ríos

Siendo la desviación del río una grave falta religiosa, en realidad dicha empresa estaba reservada sólo a los héroes. El principal de ellos, recordémoslo, fue Hércules, un héroe civilizador que reguló o modificó el curso de las aguas a favor de la *utilitas* o de la *salubritas* y fue considerado en Roma como modelo de gobernantes y emperadores<sup>139</sup>.

Las fuentes antiguas interpretaban ya racionalísticamente la lucha de Hércules contra Hydra como un deseo de canalizar una incontenible masa de agua, de

<sup>137</sup> J.J. Caerols (*op. cit.* n. 136), 54.

<sup>138</sup> Taylor 2000, 54.

<sup>139</sup> H. Di Giuseppe, «Acheloo e le acque deviate», en Di Giuseppe – Serlorenzi 2010, 69-90.



múltiples emisarios, que devastaba la ciudad de Lerna (Serv., *ad Aen.* VI 287; Isid., *Etym.* XI, 3, 34; XII, 4, 23). Uno de los doce trabajos del héroe (el quinto), la limpieza de los establos de Augias, fue llevado a cabo con éxito concentrando en el patio del establo, tras desviarlos, el curso de los ríos Alfeo y Peneo<sup>140</sup>. El recuerdo de aquel trabajo hercúleo estuvo muy presente en la mente de los emperadores romanos que gustaron igualarse al héroe. El emperador Antonino Pío acuñó en Alejandría dracmas datadas en el año 146/7 d.C. en cuyo anverso figura la cabeza laureada del emperador y la leyenda AVT K T AIL AΔΡ ANTΩNEINOC CEB EYC y, en el reverso, Hércules, de pie, con la piel de león a su espalda, intentando con ambas manos girar o mover una roca de la que emana agua —a través de un prótomo de cabeza humana— que cae en una pila; apoyado sobre el borde de la pila, junto a las piernas de Hércules, un rastrillo para recoger el estiércol. Como leyenda: [L]EKATO-V<sup>141</sup>.



21. Moneda de Antonino Pío. R./ Hércules en el establo de Augias.

También en suelo griego, en Tesalia, tuvo lugar el drenaje del fondo palúdico del valle del Tempe (Diod. IV 18, 6) y en época imperial romana, los tebanos contaron a Pausanias que el río Cefiso había sido desviado por Heracles hacia el llano de Orcómeno, pues hasta entonces iba a parar al mar por debajo de un

<sup>140</sup> Pind., *Ol.* X, 26, ss; Apol. Rod., *Arg.* I, 172; II 5, 5; Hig. *Fab.*, 14, 30; Teocr. XXV, 7; Diod. Sic. IV 13, 3; Sen., *Her. fur.* 247 ss.. Paus. V 1, 9: «Este Augias poseyó tantas vacas y cabras que la mayor parte de su tierra yacía inculta bajo el estiércol de los ganados. Prometió a Heracles, ya una parte de Élide, ya otro premio si limpiaba la tierra de estiércol. Y este lo consiguió desviando la corriente del Menio hacia el estiércol...»; Apolod., *Bibl.* II, 5: «Heracles... abrió una brecha en los cimientos del establo y desviando el curso del Alfeo y el Peneo, que discurrían cercanos, los encauzó hacia allí e hizo otra abertura como desagüe».<sup>1</sup>

<sup>141</sup> BMC 1047; Dattari 2606; Milne 1912 = Emmett 1539.10. VF.

monte (IX 38, 7). En sus desplazamientos el hijo de Zeus y Alcmena tuvo ocasión también de crear el *lacus Ciminus* (Serv., *ad Aen.* VII, 697), recibió el reconocimiento de los habitantes de Agyrion, en Sicilia, por haber abierto un lago de cuatro estadios de circunferencia delante de la ciudad (Diod. IV 24, 3) y fue recordado siempre por interrumpir la originaria comunicación del lago Averno con el mar por medio de un terraplén a través del cual hizo pasar los bueyes robados a Gerión (Diod. IV 22, 1-2; Strab. V 4, 6).

El célebre combate entre Hércules y el dios-río Aqueloo es otro episodio de la lucha y la victoria final del héroe sobre la naturaleza de los ríos. En Ovidio el río Aqueloo —que se presenta ante Júpiter como «el soberano de las aguas que fluyen por tortuosos cauces a través de tus dominios» (*Met.* IX, 17-18)— hace de límite en las *Metamorfosis* ya que cierra el libro VIII y comienza el IX. En éste se narra la lucha entre Hércules y Aqueloo por Deyanira en la que el río se transforma en toro pero acaba perdiendo uno de sus cuernos. El Aqueloo «ocultó entre sus ondas su rostro desaliñado y su cabeza con un cuerno menos» (IX, 94-96). El poeta presta en sus *Metamorfosis* una considerable atención al río Aqueloo (VIII, 550 ss.), el más caudaloso de Etolia y aún de toda Grecia, cuyo curso inferior era limítrofe entre Etolia y Acarnania. Después, el héroe griego emprenderá la lucha contra otra divinidad fluvial, Eveno: «Puesto que he empezado con los ríos, venzámoslos» (*quandoquidem coepi, superantur flumina*). Ovidio advierte que Hércules «no vacila y no examina dónde la corriente es más suave y desdeña ser conducido a capricho de las aguas» (IX, 116-117).

Otra figura griega bien acogida en Roma por su lucha contra las divinidades fluviales fue Aquiles. Uno de los más llamativos episodios de la *Ilíada* es sin duda aquel en el que el río de la Tróade que los dioses llamaban Janto y los hombres Escamandro, lucha contra Aquiles en defensa de los troyanos. Indignado de recibir tantos cadáveres y tanta sangre en su cauce, el Escamandro pretende oponer una barrera al héroe. Se desborda, amenaza con ahogarlo, hasta el momento en que Hefesto obliga al río a volver a su lecho y permanecer neutral:

«Dijo, y Aquiles, por su asta ilustre, / lanzándose desde el cantil abrupto, de un salto se metió en medio del río; / y aquél [Escamandro] le atacó desenfrenado / echándose sobre él / con la hinchazón de olas de sus aguas, / y todas sus corrientes agitó / haciéndolas girar en remolinos, / e innumerables muertos echó fuera / de su cauce, los que, precisamente, / en número excesivo, se encontraban / todo a lo largo de él, a los que Aquiles / había dado muerte. / A ellos fuera los iba arrojando, / mugiendo como un toro, a tierra firme, / en tanto que a los vivos los salvaba / entre sus bellas aguas, / ocultándolos dentro de sus

hondos / y grandes remolinos. A ambos lados de Aquiles se alzaba, / revolviéndose espantosamente el oleaje, y sobre su escudo / cayendo la corriente lo empujaba, / y Aquiles no podía fijarse / sólidamente sobre sus dos pies;... (*Il.* XI 232-242) (trad. A. López Eire)

Como en el caso anterior, no fueron infrecuentes las comparaciones entre los emperadores y el héroe griego Aquiles incluso en época muy tardía. En el elogio de las virtudes del emperador Constancio que hace Juliano, presentándolo como digno de imitación de los mortales y muy superior a cuantos héroes y sabios mencionan los escritores antiguos, también hay un espacio para los ríos. Señala que algunas de las hazañas de los héroes homéricos se equiparan con las del emperador Constancio y escoge particularmente una: «el certamen de Aquiles a orillas del río». Compara Juliano la lucha de Aquiles a orillas del río Escamandro con aquella batalla que el emperador sostuvo en Mursa a orillas del río Drave contra Magnencio. Pero la hazaña de Constancio es mayor que la de Aquiles:

«Allí tuvo lugar una gran matanza y el río se llenó de cadáveres de hombres y caballos mezclados. Porque desde luego el Drave no se parece al Escamandro, ni es tan benévolo para los fugitivos como para levantar a sus muertos con sus armas y arrojarlos fuera de su corriente, ni como para sepultar a los vivos y enterrarlos con seguridad en sus remolinos. Pues el río troyano quizá obraba así por benevolencia, o quizá su profundidad permitía atravesarlo con facilidad al que quería, aunque fuese a nado, ya que con un solo olmo atravesado se podía hacer un puente y todo él con borbotones de espuma y sangre se elevaba hasta los hombros de Aquiles, si hay que creerlo, y esta fue su acción más violenta» (*Jul., Or.* II 9) (trad. J. García Blanco).

Incluso se pregunta Juliano por la suerte del tirano que desapareció sin que se supiera si se lo llevó algún demonio vengador «o lo arrastrase el río (Dravo) dándole de pasto a los peces» (*Or.* II 8). En su discurso vuelve a insistir en que la grandeza del emperador viene en buena parte dada por sus victoriosas campañas, ya sobre los germanos «que habitaban a orillas del Rin, ya echando un puente sobre el río Tigris».

Las dificultades del hombre para vencer a los ríos, cuando no la decepción o la impotencia, explica que esa posibilidad —que sólo dioses y héroes eran capaces de vencerlos— aparezca también en el ámbito de las técnicas mágicas. Las hechiceras presumían desviar o detener el curso de los ríos desafiando las leyes de la naturaleza ante la impotencia de los propios dioses. Entre ellas destacan, sin duda, las brujas tesalias: «el torrente que cae desde una roca escarpada queda suspendido en el aire y el río remonta la pendiente de su lecho. En

verano no hace desbordarse al Nilo, el Meandro dirige sus aguas en línea recta, el Arar hace precipitarse al lento Ródano» (Luc., *Fars.* VI 472-476)<sup>142</sup>.

Un autor tardío como es J. Malalas recoge la leyenda (X, 233, 9) —que habría sido escuchada por el propio emperador Tiberio— de que durante la fundación de Antioquía el rey Seleuco añadió a su estatua una caja de piedra en cuyo interior depositó un talismán fabricado por Abblakkon, un hacedor de milagros, para prevenir las aguas de los torrentes invernales del río Parmenios y las corrientes que venían de la montaña que habían destrozado ya dos grandes columnas levantadas por él<sup>143</sup>.

Los hombres reconocían que fuera del ámbito de los dioses o de la magia, el río en última instancia, sólo podía ser vencido por la propia naturaleza. Cuando Plinio describe el río Éufrates en el libro V de su *Naturalis Historia* dice que en las proximidades de Claudiópolis de Capadocia el río cambia su curso hacia occidente: «allí, por primera vez en este encuentro, el Tauro logra desviar el curso del río y, vencido y roto, obtiene la victoria de otro modo: haciéndole cambiar de dirección y empujándolo hacia el sur. Así, este desafío de la naturaleza se equilibra; el río va donde quiere pero el monte le impide ir atravesando los lugares que quiere» (*NH* V 85). No obstante, como advierte otro naturalista latino, Séneca, en ocasiones ni la acción de la naturaleza es suficiente para detener la fuerza de los ríos. En sus *Cuestiones Naturales* compara el aire con el agua ya que ambos elementos gustan de moverse y mueven, a su vez, otros objetos. Mientras no se le estorba, dice, camina a placer; cuando se le obstaculiza y se le retiene se enfurece. En este punto cree que el fenómeno es semejante al Araxes, el río impetuoso de Armenia (el moderno Aras) «que al enfadarse se lleva el puente», escribe citando el verso virgiliano (*Aen.* VIII, 728). Y a continuación añade:

«...mientras el cauce del río es libre y fácil, el río despliega la marcha de sus aguas con regularidad; mas si unas rocas acarreadas por la mano del hombre o caídas en su álveo por casualidad dificultan su andadura, busca ímpetu en el retardo, y donde encuentra más oposición, halla más energía. Porque la masa de agua que continúa llegándole por la espalda y se acumula en sí misma, no pudiendo sostener su peso, adquiere bríos en su caída y precipita su fuga llevándose por delante todo cuanto le fue estorbo» (*NQ* VI 17, 1-2) (trad. L. Riber).

<sup>142</sup> Pensemos también en la hechicera Angicia de la que se decía que «frenaba con sus gritos el curso de los ríos...» (Sil. Ital., *Pun.* VIII, 501).

<sup>143</sup> Sigo la traducción de E. Jeffreys –M. Jeffreys– R. Scott, *The Chronicle of John Malalas*, Melbourne, 1986.

Entre los pueblos itálicos la creencia en la inviolabilidad de las aguas y por tanto, en la conveniencia de no modificar su curso, estaba también muy extendida. Estrabón recoge, a propósito de la ciudad de Pisa, una leyenda local según la cual cuando los ríos Arno y Ausar descendieron por primera vez de las montañas, los habitantes de la región les obstruyeron el paso para impedirles inundar su país juntándolos un solo curso de agua. Los ríos «prometieron entonces no provocar la inundación y mantuvieron la palabra» (Strab. V 2, 5). Por dicha leyenda (quizá en origen relacionada con el culto a ambos ríos) se interesaron grandes historiadores griegos anteriores a Estrabón, como Timeo y Artemidoro. Es interesante observar que si bien los hombres parecen intervenir en la naturaleza deteniendo el curso de los ríos, pronto se alcanza un acuerdo con ellos: los dioses-ríos se comprometen a no inundar el territorio a cambio de que los hombres no alteren o modifiquen su curso.

En Roma la desviación del curso de un río para cualquier uso profano era considerada, pues, como una grave falta religiosa. Desde época protohistórica los antiguos romanos respetaban, quizá por temor divino, el recorrido de los ríos e incluso de los riachuelos lo cual explica, por ejemplo, que dentro de la Ciudad el curso de la *ammis Petronia* no se modificase jamás, como tampoco el de la Cloaca Máxima desde Foro al Tíber<sup>144</sup>.

Pero con el crecimiento demográfico y urbanístico la acción del hombre sobre el curso de los ríos se intensificó cada vez más haciéndose inevitable el conflicto con los dioses. En Roma se conocían dos figuras históricas extranjeras excepcionales en este sentido pues habían logrado la hazaña de desviar grandes ríos sin que su acción sufriera el castigo de los dioses: la reina Semíramis, en Oriente, y Empédocles, en el occidente griego. Semíramis, esposa de Nino, sometió la Bactriana al imperio asirio y fundó Babilonia, célebre por la solidez de sus murallas y los jardines colgantes sobre el río Éufrates pero en el Imperio Romano fue recordada sobre todo por la desviación del río a través de la ciudad<sup>145</sup>. Merece la pena recordar el testimonio en época augústea del poeta Propertio que no oculta su admiración por aquella mujer:

«Semíramis fundó Babilonia, ciudad de los persas, y levantó tan sólidos bastiones con muros de ladrillo que dos carros lanzados en dirección opuesta a lo largo de la muralla no podían rozar sus costados con el eje; desvió el curso del Éufrates a través de la ciudad

<sup>144</sup> Aldrete 2007, 218-219.

<sup>145</sup> Cfr. J.A. Scurlock, «The Euphrates Flood and the Ashes of Nineveh», *Historia* 39, 1990, 382-384.

que fundó (*duxit et Euphraten medium, qua condidit arces*), y con su poder dispuso que Bactra sometiera la cabeza a su imperio» (III 11, 21-26) (trad. A. Tovar)

Todavía en el siglo IV el propio emperador Juliano se refiere a ella con cierta frecuencia a lo largo de su obra<sup>146</sup>:

«Porque sólo pregonan como dignas de admiración, desvelos y alabanzas, aquellas cosas que por su magnitud parecieron antaño increíbles a algunos, como lo que cuentan de aquella mujer asiria que, torciendo el curso de aquel río que parte en dos a Babilonia, ni más ni menos que si hubiese sido un arroyuelo cualquiera, edificó sobre su cauce un fastuoso palacio, haciendo pasar las aguas a otro álveo» (*Or. II [III], 17*).

Es posible que el nombre de la reina deba ser identificado con Samuramat, esposa de Shamshi-Adad V de Asiria y regente de su hijo Adad Narari III que reinó entre el 810 y el 805 a. C. pero no hay que olvidar que la leyenda también hacía de ella una hija de la diosa asiria Derceto, con rostro de mujer y cuerpo de pez, y que a su muerte ascendió a los cielos bajo la forma de paloma. La atrevida empresa no era por tanto para todos obra de una mujer de naturaleza mortal sino de una diosa.

Por su parte Empédocles (483-423 a.C.) hizo cesar con éxito las emanaciones malignas de un río próximo a la ciudad de Selinunte (Sicilia) que causaba muertes y abortos entre las mujeres mezclando para ello sus aguas con las de otro río y haciéndolas desembocar en el mar<sup>147</sup>. El saneamiento de la costa selinuntina llevado a cabo por Empédocles aparece representado en las monedas de Selinunte de mediados del siglo V a.C.. En el anverso, Apolo, sobre un carro, es evocado como dios de la salud, *ἀλεξικακος*, alejando la pestilencia con sus flechas; junto a él aparece Ártemis en su faceta de *εἰλειθυια* o *σουδινα* dado que la plaga ha afectado de forma particular a las mujeres (*ωστε και τας γυναικας δυστοκειν*: Diog. Laert. *l. c.*). Como leyenda: ΣΕΛΙΝΟΝΤΙΟΝ. En el reverso, el dios río Selinos, desnudo, con cuernos cortos, hace un sacrificio ante un altar a un dios, quizá Apolo, como gratitud por haber limpiado o purificado sus aguas; sostiene *phiale* y una rama lustral. Frente a él, un gallo y detrás la imagen de un toro, quizá representación del río Ipsa. Como leyenda: ΣΕΛΙΝΟΣ

<sup>146</sup> Cfr. también otras alusiones de Juliano en p. 158 y 168 de la ed. de Bidez. Sobre Semíramis: A. M. Capomacchia, *Semiramis una femminilita ribaltata (Storia delle religioni)*, Roma, 1986.

<sup>147</sup> Diog. Laert. VIII 2, 70. Sobre la figura de Empédocles: J. Zaphiropoulo, *Empédocle d'Agrigente*, Paris, 1953; J. Brun, *Empédocle, ou le philosophe de l'amour et de la haine*, Paris, 1966; D. Fausti, «Su alcuni problemi empedoclei», *ASNP* s. III, 10, 1980, 363ss.; Brad Inwood, *The Poem of Empedocles*, Toronto, 1992.